

# **Beatriz Ana Ruiz, poetisa y escritora ascética y mística**

POR  
TEÓFILO APARICIO LÓPEZ

## INTRODUCCIÓN

Elemire Zolla, escritor italiano, nacido en Turín el año 1926, no ha mucho ha publicado una obra de gran envergadura, titulada *Los místicos de Occidente*.

Traducida al castellano por José Pedro Tasaus Abadía, la obra comprende cuatro volúmenes que nos dan un total de 1743 páginas <sup>1</sup>.

A propósito de esta ambiciosa obra, J. F. Ruiz Casanova ha dejado escrito que más allá del lenguaje, el ser humano ha sido capaz -a lo largo de siglos, culturas y civilizaciones- de advertir como verdad prelógica la ausencia, el dolor, la interrogación y los límites.

Y sobre las construcciones de la herencia, “sobre el habla de nuestros antecesores y sobre el estigma grabado a fuego de la continuidad, de uno y otro modo, vuelve el hombre a compulsar la dimensión de la soledad”.

Abundando en la misma idea, Alois M. Hass expresa esta necesaria espiral sin centro, cuando define la mística como “una penetración inquiriente, apremiante y reflexiva en los misterios de la unión del hombre con Dios”.

Pues bien, ese deseo de presencia que ha existido en todos los tiempos y en todas las culturas, Elémire Zolla lo concreta en Occidente desde el siglo VI antes de Cristo -los tiempos pitagóricos-, hasta el XVII de nuestra era, momento de apogeo en la ascética y mística españolas.

---

1. ZOLLA Elémire, *Los místicos de Occidente*, Traducción de José Pedro Tasaus Abadía, Barcelona 2000, 4 volm. 1743 p

Para el escritor italiano, el lenguaje místico es el que “expresa una afirmación como ausencia, y el estado místico es, igualmente, para él “un estado anterior a la emanación de las leyes”.

En este sentido, Jung dirá que “el alma sólo en parte está prisionera del cuerpo; es sólo en parte idéntica a la existencia empírica de nuestra conciencia”; por lo que se encuentra en un estado de proyección, y en ese estado imagina o se figura las cosas más grandes que el cuerpo no puede abarcar, es decir, llevar a la realidad”.

Mucho mejor y en verso claro lo dirá Fray Juan de la Cruz:

“Entréme donde no supe  
y quedéme no sabiendo,  
toda la sciencia trascendiendo”.

Dicho esto como página introductoria, tenemos que añadir que aún quedan muchos de estos personajes -autores místicos- por descubrir. Sobre todo, entre ese mundo femenino del claustro que vivieron en el siglo de Oro español y siguiente y que, quizá, precisamente por tratarse de *monjas de clausura*, escaparon a los bibliófilos y aun a escritores tan afamados y únicos como, por ejemplo, don Marcelino Menéndez Pelayo.

Uno de estos personajes -aunque no sea monja de clausura, y sí solamente terciaria de la Orden de San Agustín, lo que en aquellos tiempos eran llamadas *mantelatas*- es sor Beatriz Ana Ruiz, la hija ilustre de Guardamar del Segura, en la provincia de Alicante.

Nuestro ensayo consistirá en darle a conocer, aparte unos rasgos de su vida, en dos momentos tan interesantes como desconocidos del común de los mortales: como poetisa de temas religiosos y morales, y -sobre todo- como escritora asceta y mística excepcional.

## II. NACIDA EN GUARDAMAR DEL SEGURA

En Guardamar del Segura, la bella ciudad alicantina, formada por los aluviones del río que lleva su nombre, situada en tierra llana, con algunas ondulaciones y leves montes, como el *Cerro del Castillo*, y el del *Molino del Viento*; ciudad protegida del cercano *Moncayo* y arropada por el *Barranco y Torrejón*; en la *Laguntia* romana, que cita Tito Livio, rica entonces por su comercio de la sal y del esparto; en la *Tudemir* o Tadmir del condado de Tadmir Godo; en la Guardamar de los reyes de Aragón, “pueblo de pescadores, marineros, pastores, saloneros y hortelanos”; en la moderna ciudad alicantina, aliada del Duque de Anjou, futuro Felipe V y primer borbón

español; en la Guardamar actual, turística, industrial y laboriosa, que ostenta en su escudo de armas los cuatro palos de gules, el castillo en oro, y en puntas, ondas de plata y mar..., en esta bendita tierra y ciudad nació una de sus hijas más ilustres, con la paradoja que encierra la pobreza y pequeñez de cuna con la grandeza de alma y altura de perfección espiritual a que llegó en vida: Se llamaba *BEATRIZ ANA RUIZ*.

Gonzalo Vidal Tur <sup>2</sup>, erudito y escritor oriolano, resumirá su vida en las siguientes palabras: “Beatriz Ana Ruiz nació en la villa de Guardamar, el día 29 de enero de 1666. A los catorce años contrajo matrimonio, y tres años después enviudó, contrayendo más tarde nuevas nupcias. Fue aborrecida de su segundo marido, que la trataba duramente; hasta el extremo de haber intentado matarla una noche; se atribuye a la intercesión providencial el hecho de quedar en alto el brazo que pudo ser homicida. Viuda en 1699, con varios hijos, vistió el hábito público de agustina, en la ciudad de Orihuela.

Esta mujer estuvo dotada de grandes virtudes y singular entendimiento. A pesar de no haber podido cultivar su inteligencia en el estudio, pues no sabía escribir ni siquiera leer, fue autora de importantes trabajos de moral; al efecto se valió de su confesor, mosén Pujalte, quien le dictó el libro titulado *Doctrina o Revelaciones Doctrinales*, para provecho de las almas, enmienda de los vicios y aumento de las virtudes.

Beatriz Ana Ruiz falleció en Guardamar el día 26 de julio de 1735, a los sesenta y nueve años de edad. Dicha villa costeó solemnes exequias, que se celebraron el día 29 de diciembre del mismo año, y en las que predicó el fraile carmelita P. Matías Boix” <sup>3</sup>.

Efectivamente, Matías Boix, famoso en su tiempo por su elocuencia, notable por su virtud y por su rica erudición, religioso de la Orden del Carmelo, prior que fuera del convento de su Orden en la citada ciudad de Orihuela, cantó las honras fúnebres de Beatriz Ana Ruiz el 29 de diciembre de 1735, cinco meses después de la muerte de la venerable. En estas honras dijo, entre otras cosas, que la hija insigne de Guardamar del Segura, vivía ya inmortal por sus perennes y heroicas virtudes cristianas.

“Ella supo ocultar -decía en tono solemne- el celestial tesoro de sus prodigiosas virtudes. Especial gracia y favor que rendidamente pidió, y la divina Majestad liberalmente le concedió, teniendo en toda su vida, por muerte el buen concepto, la alabanza, séquito y aplauso; con lo que se labró para el

---

2. VIDAL TUR, Gonzalo, *Un obispado español, el de Orihuela- Alicante*. Ed. Diputación de Alicante.

3. *Ibid.* o. c., p. 422.

cielo la más sólida base, viviendo precavida del común precipicio del amor propio y horroroso escollo de la vanidad y aura popular”<sup>4</sup>.

Será bueno saber que de este sermón dijo el severo censor del mismo, doctor Claramount, que no hallaba en él “cláusula, voz, ni término alguno que se oponga a la pureza de nuestra santa fe y buenas costumbres”<sup>5</sup>; antes bien, lo encuentra muy conforme a la pauta y regla de lo que pide la madre Iglesia y la fe católica. Por lo que piensa que será de una gran utilidad y aprovechamiento para el bien de los cristianos el que se dé a luz pública.

Por su parte, el dominico Vicente Plá, rector del colegio de Orihuela y canciller de su famosa, en otro tiempo, Universidad, afirmaba que la oración fúnebre del padre Boix había pasado por el registro de su ojos, con gran fortuna suya, antes de que su autor la predicara. Y que, después de haberla leído, quedaba satisfecho “su leal y fino cariño”<sup>6</sup>.

### III. BEATRIZ, CANTADA POR POETAS MENORES

Lo que no nos dicen los biógrafos y panegiristas de nuestro personaje es que hubo poetas anónimos que le consagraron su pluma, aunque ésta fuera bastante pobre de inspiración y más bien de un aficionado, que de un verdadero cultivador de las musas.

Pero esto no importa, o importa poco, al lado de la admiración, veneración y recuerdo cariñoso que demostraron tener por su guardamarenca insigne, si es que fueron poetas de Guardamar los que la cantaron, ya que también pudieron ser los de Orihuela.

Le dedicaron epitafios, sonetos, octavas reales y décimas, con versos de ocho sílabas asonantados. Con seguridad que quien compuso la siguiente décima en honor de la venerable era de Guardamar y amaba a Guardamar:

---

4. Este sermón fúnebre del padre Matías Boix fue publicado en la imprenta de Francisco Cayuelas, de la ciudad de Orihuela, en el mes de octubre del año 1736, y no en el 1735, como dice Gregorio de Santiago Vela, según se puede colegir de todas las aprobaciones y censuras que lleva al frente del mismo, con fechas del mes de agosto y septiembre del citado año 1736.

Por otra parte, era prácticamente imposible que se editara en la fecha apuntada por el insigne bibliófilo agustino, por cuanto los funerales en honor de la Venerable tuvieron lugar en la parroquia de Santiago de Guardamar el día 29 de diciembre de 1735.

5. Esta aprobación eclesiástica viene firmada por el doctor Claramount en la ciudad de Orihuela, a 8 de septiembre del año 1736.

6. El padre Vicente Plá, dominico, firma esta censura del sermón fúnebre; y constituye a la vez un verdadero elogio y manifestación pública de las virtudes de Beatriz Ana Ruiz. La firma “en el patriarcal Colegio de Predicadores de Orihuela”, el día 26 de agosto del mismo y citado año 1736.

“Fue esta mujer venturosa,  
 de virtud piélagos lleno.  
 Fue mar, que guardó en su seno  
 perlas de la gracia hermosa.  
 Hoy, reducido a una losa,  
 este mar viene a parar.  
 Guardamar, feliz sin par,  
 guarda este mar, que hoy expira,  
 con que con razón suspira  
 se ha de llamar *GUARDAMAR*”.

Los sonetos vienen encabezados por un lema en latín. El primero de ellos es una cita del célebre filósofo y escritor latino calabrés Casiodoro <sup>7</sup>, que dice así: “Aeternum est beneficium, quod posteritatis fuerit favore collatum”. Traducido al castellano, suena del siguiente modo: “Eterno es el beneficio (favor) que ha sido conferido para la posteridad”.

No es malo el soneto, pues tiene su rima y su inspiración, viniendo a ser una glosa, bella y acertada, del pensamiento del escritor y monje latino:

“No se suspire en fúnebre armonía,  
 ni quede el pecho al golpe dolorido;  
 el llanto se deponga, y el gemido;  
 que éste no es triste, pavoroso día.

Celebre el alma en dulce melodía  
 los triunfos, que a este Ilice siempre han sido,  
 para futura gloria, conferido  
 eterno beneficio, en fiel porfía.

El mérito te ilustra, invicta Villa,  
 y este día Guardamar se gana,  
 para posteridad, la maravilla.

---

7. *Casiodoro*, cuyo nombre completo era el de Flavius Magnus Aurelius Casiodorus, nació en Scylacium (Calabria) hacia el año 480, y murió en el 575 en el monasterio de Vivarium (Bruttium). Fue discípulo y amigo personal del filósofo cristiano Boecio. Fundador del citado monasterio de Vivarium, en el sur de Italia, pasa por ser el hombre más culto de la época. Escribió varias obras sobre filosofía, teología e historia; entre las que se cuentan *Crónica o Historia Gothorum*. En el campo de la filosofía destaca *De anima*, e *Institutiones de las letras divinas y humanas*.

Colonia inmune fuiste ya romana;  
 así inmune te quedas, sin mancilla,  
 de horror del fallecer de *Beatriz Ana*.

El lema del segundo de los sonetos, tomado del libro de los Macabeos, dice así en la lengua de Cicerón: “Hic est qui multum orat pro populo suo”. Y en la lengua de Cervantes: “Este es el que ora mucho por su pueblo”:

“Gloríate, Guardamar, y considera  
 que no podrá jamás fatal guadaña  
 embotar tu vida cruel saña,  
 en pretensión que tu nombre muera.

Nunca podrá la envidia más severa  
 sombrear maravilla tan extraña;  
 pues no podrá ocultarse tanta hazaña  
 como has logrado, siempre la primera.

Madre de Beatriz, pueblo felice  
 eres, y ves las luces que despliega,  
 cree, pues, que tu gloria se eternice.

Y que en ruegos a los cielos riega  
 porque este pueblo más se fertilice,  
 en golfos de las dichas que navega”.

En el mismo impreso <sup>8</sup>, se nos ofrece una inspirada octava real, que viene a ser como un epitafio ante la tumba de nuestra heroína, como es llamada en el segundo de sus versos:

“Ufano guarda aqueste mármol frío  
 de una constante heroína los despojos,  
 que al infierno mantuvo desafíos,  
 con que a su amado Dios llevó los ojos.  
 De amor brasa, en que ardió el incendio pío  
 de alta oración, que al cielo quitó enojos.  
 Dirás que aún vive en esa sepultura,  
 si adviertes su entereza y compostura”.

Sobre este mismo aspecto y abundando en los poetas que la cantaron, quizá no tenga pérdida el soneto que le sacaron con motivo del grave inci-

---

8. Nos estamos refiriendo a la oración fúnebre del padre Matías Boix, l. c., p. 16.

dente ocurrido en su vida matrimonial con el segundo de sus maridos, según apuntaba el cronista líneas arriba.

Es el caso que a Beatriz Ana Ruiz, “criada desde niña con buena educación, santo temor de Dios y frecuencia de sacramentos” -según escribe su más autorizado biógrafo, Tomás Pérez<sup>9</sup>- le casaron a los trece o catorce años de su edad. Que en esto, no se ponen de acuerdo los distintos cronistas; si bien, nos dicen que, a los tres años de casada, murió su marido, dejándola un hijo, que luego será el que más le quiera y mejor cuide de ella, cuando vuelva a enviudar y pase por momentos de soledad, pobreza y verdadera persecución.

Porque, “por aliviar su miseria” -así lo leemos-, casó segunda vez con un hombre que se llamaba Jerónimo Pascual.

Mas, a los pocos días de su nuevo matrimonio, fue aborrecida de su marido. Este “castigábala severamente, porque el demonio empezó sus tiros contra ella; introduciéndole rabiosos celos, con un total aborrecimiento. La comida que le daba eran palos, y la bebida lágrimas y suspiros”<sup>10</sup>.

A tanto llegó su furor, que una noche intentó matarla. El cronista cuenta que hacia las doce, tomó un puñal en su mano, la obligó a ponerse de rodillas delante de él, y cuando levantó el brazo para hundirlo en su cuello, sintió una fuerza extraña que le impidió asestar el golpe mortal, al tiempo que, todo desencajado, decía:

—¡Válgame Dios! ¿Qué es esto? ¿Quién me detiene el brazo?

A lo que Beatriz respondió con gran mansedumbre y dulzura:

—¿Qué ha de ser, sino que Dios vuelve por mi inocencia? Desengáñate, Jerónimo, vuélvete a Dios y pídele perdón.

Pues bien, evocando este momento brutal, el poeta anónimo le dedica el siguiente soneto:

---

9. PÉREZ, Tomás, *Vida de la Venerable Madre Sor Beatriz Ana Ruiz. Mantelata profesora de la Orden de San Agustín*. Imp. de Pascual García, Valencia, 1744, f. 14 s.n.

Este agustino era natural de Muchamiel, provincia de Alicante, donde nació hacia el año 1685, sin que los cronistas nos den la fecha exacta de su nacimiento.

Se sabe que profesó en el convento de Játiva el año 1704. Cinco más tarde, en plena guerra de Sucesión española, muy joven todavía ganó la plaza de Lector de Provincia. En 1715 se graduó de maestro en sagrada teología por la Universidad de Valencia, siéndolo ya en Artes. Regente de Estudios del colegio de San Fulgencio, en la misma ciudad del Turia, llegó a ser diputado en la corte de España.

Siendo conventual del monasterio del Socorro, de la misma Valencia, el Señor le llamó a su lado el día 24 de octubre del año 1755, dejando una gran fama de sabio y de ejemplar religioso.

10. PÉREZ, Tomás, o. c., lib. I, cap. I, f. 9.

“Un esposo traidor, bárbaro, intenta  
quitar la vida a su heroína mansa,  
de bruñido metal áspid levanta,  
para acabarla en cruel muerte violenta.

La acción le asusta, el pecho se amedraña,  
la cólera se añuda en su garganta,  
seco está el brazo, inmóvil está la planta,  
y el amago en pavores escarmienta.

¿Qué intentas, hombre? ¡Oh fiera escandalosa  
Deja el bárbaro infiel desasosiego,  
pues vida que ha de ser hostia fogosa,  
de ardor divino con feliz sosiego,  
no es bien sea tu víctima medrosa;  
ni es bien que acabe de tu rabia al fuego”.

Cuentan, igualmente, de su vida que, en ocasiones, el Señor se le manifestaba en forma de niño. Y como que la tomaba de la mano y la guiaba por camino recto y seguro.

Ella decía que era el Niño-Dios quien la conducía y de cuya enseñanza y guía salía altamente ilustrada. De hecho, cuando estudiemos los escritos de la venerable, hemos de ver que, en sus visiones, casi siempre emplea la expresión “El Niño-Dios, mi buen Padre”.

Pues bien, aludiendo precisamente a este hecho, el poeta devoto de Beatriz Ana lo recordará en otra décima del modo siguiente:

“Quiere ver, pues mucho ama  
a su Amado en disfraz blanco.  
Y su amor por rumbo franco  
al blanco arroja su llama.  
Por verle suspira y clama,  
y en el Sacramento breve  
Niño le ve y luces bebe.  
Sin duda de amor a arroyos  
derritió el fuego en sus ojos,  
del Sacramento la nieve”.

Cuentan de nuevo los biógrafos que, cuando Beatriz se dirigía al templo para oír la santa misa, o simplemente a rezar, o a confesar con el padre Tomás Bale, de Guardamar hasta Orihuela, de modo especial, en tiempo de Cuaresma, se sentía acompañada del ángel de la Guarda, que la llevaba con



tanta seguridad, como firmeza, y, como si fuera una luz de antorcha encendida, le acompañaba iluminando su sendero.

Esta anécdota también la recordarán sus agradecidos vates. Como lo vemos en la siguiente estrofa, del mismo tono y métrica que la anterior:

“Si de la iglesia al retiro  
va esta mujer celebrada,  
¡oh prodigio!, acompañada  
de hacha celestial la miro;  
un ángel en claro giro  
de guiarla no se empacha.  
Y aquí el favor se remacha,  
pues quiere de su Dios amante  
que vaya siempre delante,  
sirviéndole un paje de hacha”.

#### IV. BEATRIZ, CANTORA Y POETISA MENOR

En tiempos de Beatriz Ana Ruiz, existía en Orihuela -y existe hoy todavía-, un convento de agustinas, que era el de San Sebastián. En dicho convento había florecido, durante la segunda mitad del siglo XVI y primeros años del XVII, Leonor Juana Guillén Ramírez, una verdadera santa, que yo no sé por qué, a estas alturas, no está ya en los altares <sup>11</sup>.

Un convento, el de monjas agustinas de Orihuela, en el que sobresalieron las virtudes religiosas y el cumplimiento de las normas regulares. Pero se conoce que, con los aires nuevos de la *Ilustración*, nuestras hermanas ilustradas se habían olvidado de los buenos ejemplos de la virgen oriolana.

Esto lo sabía el director espiritual de Beatriz Ana, el mencionado agustino Tomás Bale, nacido en Orihuela y residente en el convento agustiniano de esta ciudad; convento del que fuera varias veces prior. Era Maestro de Artes y Doctor en sagrada Teología.

“Todo atento al resguardo de su dirigida”, pensó que, dada la fortaleza de su espíritu, bien podía ayudar a otras almas más débiles, como lo eran entonces las hermanas agustinas del convento de San Sebastián.

---

11. Sobre la venerable María Juana Guillén, el año 1920, escribió una breve biografía el padre José Agustín Fariña, agustino, natural de Valladolid, con el título *Venerable María Juana Guillén, o El valor de optar por la mayor santidad*. Una biografía más extensa y bien documentada sobre la misma sierva de Dios fue escrita en 1971 por el padre Carlos Alonso, con el título de *Una gloria de Levante español*.

Beatriz Ana también las conocía, pues, aparte haber profesado de *mantelata* en aquel mismo convento <sup>12</sup>, las visitaba con frecuencia. Por lo que su confesor y director espiritual le envió un buen día a aquel santo recinto, a fin de tener coloquios y “hablar con ellas de cosas muy subidas y de altas virtudes”.

Nuestro pequeño apóstol dirigió entonces una carta a la priora, denominándose “una humilde esclava del Señor”, y haciéndole ver que le movía solamente la obediencia a su “padre Maestro Bale”, a sabiendas de que aquella visita iba a servir “para que aprendiera de sus santas doctrinas y recibiera mi alma -escribe textual- sus buenos documentos y saludables consejos, para poder caminar con pie seguro por el camino de la perfección, donde tuve una tarde de mucho consuelo, pues toda nuestra conversación fue del dulce Esposo amante de las almas” <sup>13</sup>.

Conocedoras las hermanas agustinas del numen poético e inspiración infusa <sup>14</sup> de que gozaba Beatriz, le pidieron compusiera exclusivamente para ellas “unos versos de la pasión y muerte del dulce Esposo y tierno enamorado”.

La sierva de Dios, toda confusa en su profunda humildad, no hizo otra cosa que meditar en aquel tema, al tiempo que ponía en manos de Dios “aquellas sus esposas que en clausura le alaban y enamoran”.

Cuenta el amigo y confidente mosen Miguel Pujalte que entonces quedó “en suspensión y como arrobado su espíritu, gozando de la suavidad y dulzura de contemplación tan misteriosa”. Y a poco, “dentro de su pequeñez”, vio a su querido y tierno Niño-Dios que, “con voz blanda y suave”, le decía:

—Cándida paloma mía, hermosa, y mi querida esposa, para que con más fervor me ruegues por éstas que has puesto en mis manos, que prometido me han virginidad y clausura: ven y verás dónde sus defectos padecen <sup>15</sup>.

Y fue entonces cuando voló su espíritu a un lugar cóncavo de la tierra, muy oscuro y tenebroso, que conoció era el Purgatorio. Y vio como un cercado a modo de claustro, con rejas de hierro, y otro claustro sin rejas. En el primero había muchas monjas, vestidas con distintos hábitos. Y en el otro

---

12. *Mantelata* equivale a “beata”, que es como entonces se decía. Es un término que hoy no tiene sentido y viene a significar “terciaria” de una Orden religiosa; en este caso, de la Orden de San Agustín, con votos particulares y viviendo en el siglo.

13. PÉREZ, Tomás, o. c., lib. I, cap. XXXI, f. 109.

14. No debemos perder de vista que Beatriz Ana no sabía leer ni escribir, y que, por lo tanto, toda su doctrina espiritual y revelaciones que tuvo fueron trascritas por su compañero y amigo mosen Miguel Pujalte.

15. PÉREZ, Tomás, o. c., lib. I, cap. XXXI, f. 109.

claustro había un buen número de frailes, unos con coronas <sup>16</sup>, que parecían ser sacerdotes, y otros sin ellas. Los sacerdotes estaban sentados y los legos de pie. En medio de ellos estaba el prior o prelado. Y vio cómo todos se quejaban a él y le decían en compas lo siguiente:

“Por no tenernos atados  
con tu obediencia y rigor,  
padece el dolor  
del plazo Que Dios ha dado  
Pena de nuestro pecado  
es la que aquí padecemos:  
y para que en el cielo entremos,  
se ha de purgar el pecado  
de no habernos arreglado,  
para que de Dios gocemos”.

Escuchadas estas justas quejas por parte de los súbditos, el prelado les contesta igualmente en verso sencillo, octosílabo y asonantado:

“De vivir tan descuidado  
padezco ahora el dolor  
con más exceso y rigor,  
por no haberos arreglado.  
La pena de mi pecado  
y del vuestro con temor,  
me purifica el dolor;  
porque después de purgado,  
pueda gozar con agrado  
de nuestro Dios y Señor”.

Por lo que a las hermanas agustinas de Orihuela se refiere, la sierva de Dios contempló nuevamente aquel lugar, donde se hallaban las religiosas padeciendo rigurosos tormentos. En las quejas había de todo: Se lamentaban por los pecados que habían cometido con la vista, con los oídos, con el pensamiento, con las manos... Beatriz Ana, sin saberse qué hacer, se dirigió entonces a ellas y les fue preguntando por los distintos sentidos:

—¿Por qué sufrís de la cabeza, hermanas? Les dijo:

---

16. “*Con coronas*”, se refiere a la “*coronilla*”, o afeitado redondo que llevaban los sacerdotes hasta hace unos años en lo alto del cogote. Tenía el significado de la tonsura, que recibían los candidatos al orden sacerdotal antes de recibir las llamadas órdenes menores.

Una de ellas le contestó:

“Saetas son encendidas  
que mi sentido traspasan,  
y toda el alma me abrasan  
las memorias consentidas.  
Si yo, después de advertidas,  
las hubiera despreciado,  
y el pensamiento arreglado,  
no tuviera que purgar;  
pero me es fuerza pagar  
la pena de mi pecado”.

Luego se dirigió a la que se dolía de los oídos:

—¿Y tú, por qué sufres de este modo?  
A lo que la monja agustina respondió con pena:  
“Lanza me son, como ves,  
las palabras que en la reja  
oía con atención,  
defectos de mi pasión  
atravesan mi sentido;  
porque a los hombres dí oído,  
faltando a la Religión.  
Sírreme de purgación  
el continuo padecer,  
para poder merecer  
de nuestro Dios el perdón”.

Idéntica pregunta hizo a la que se quejaba de la vista. Y oyó de la religiosa aludida la siguiente respuesta:

“Estas espinas que ves  
traspasándome los ojos,  
son las vistas al revés,  
que ahora me son abrojos.  
Y cuantas veces miré  
al mundo y a su hermosura,  
atravesan mi sentido  
por haberlas consentido”.

Observando que una de las hermanas hacía gestos como de fuertes dolores de boca, se acercó a ella y le preguntó la causa de aquel extraño dolor.

La hermana, toda llorosa y compungida, le contestó:

“Estas brasas encendidas  
que mis labios purifican,  
son las palabras salidas  
de mi boca que, atrevida,  
profirió con desmesura.  
Y por aquella dulzura  
que abracé con voluntad,  
ardo en esta oscuridad  
de sitio tan lamentoso,  
sin tener ningún reposo”.

Observó, también, cómo otra de las religiosas se retorció las manos, entre espasmos de intenso dolor. Preguntada por la causa, he aquí lo que le dijo en sencillo verso:

“Estas manos que con hielo  
me atormentan, como ves,  
son defectos de interés,  
que recibí con anhelo.  
Y en las rejas con desvelo  
muchos yerros cometí  
que me atormentan aquí.  
Y mi mayor desconsuelo  
es de no lograr el cielo  
porque a mi Dios ofendí”.

Aquí pensaba la sierva de Dios abandonar el escrutinio, cuando vio a otra de las monjas que parecía sufrir más que las anteriores. Y se atrevió a preguntarle el motivo.

¿El motivo?... -exclamó la hermana:-  
“¡Ay de mí! Que me adelgaza  
y consume un grande fuego  
por las culpas que de luego  
cometí buscando traza.  
Defectos fueron sin tasa  
los que mi pecho abrazó.  
¡Que no me midiera yo

con lo que ahora me pasa!  
 Esta pena más me abrasa,  
 pues en mi alma penetró”.

Cuando la visión estaba a punto de acabar, Beatriz Ana pudo escuchar cómo todas aquellas almas, pidiendo auxilio y favor a los amigos que tenían en el mundo, porfiaban gritando fuertemente:

“Amigos, acordáos de mí,  
 que no puedo merecer:  
 Sólo puedo padecer  
 las culpas que cometí.  
 Vosotros, que mereceis,  
 os pido que a Dios rogueis  
 de que nos saque de aquí.  
 Esta pena del sentido  
 es muy fuerte, y muy mayor  
 la de no ver al Señor”.

La sierva de Dios, que ha vuelto del arrobamiento y descrito tan gráfica y admirablemente la pena que llaman los teólogos de daño y de sentido, y que se puede sufrir en la otra vida por los pecados cometidos en ésta, siente en su corazón un gran pesar por lo que acaba de ver y contemplar.

Al fin, eran hermanas suyas, todas ellas personas consagradas y verdaderas siervas de Dios. Por lo que a sí misma se dice con cierto coraje: “Alentémonos a trabajar y a rogar a Dios por ellas”.

Mas no termina aquí su tarea de apóstol e intercesora por las amigas. Accede gustosa a enviarlas unas coplas que esperaban sobre la pasión y muerte de Cristo.

Encantadora y humilde, les pide primeramente perdón por su atrevimiento. Mas está segura de que aquellas coplas van a constituir “un regalo de Dios”. Un regalo que, si saben digerirlo bien, gozarán del Esposo amado, primero en el claustro y luego en el cielo.

Graciosa e ingenua a la vez, les invita a que canten las mencionadas coplas, mientras se ejercitan en algún trabajo manual, pues parece vienen bien a la tonada de la *chamberga*<sup>17</sup>, con el estribillo que pone para cada copla.

---

17. La palabra *chamberga* admite distintos significados. Aquí hay que darle el de “seguidilla”, o composición métrica de cuatro versos, heptasílabos, libres el primero y tercero, asonantados, y de cinco sílabas.

“Perdonen las madres -escribe- y reciban este regalo que Dios les envía; que si le mascan y conciben su dulzura, gozarán de su Esposo en su clausura, y en el cielo dichosas de su hermosura. Y por si quieren cantar las coplas, cuando se ejercitan en alguna obra de manos, parece vienen bien a la tonada de la chamberga, con el estribillo que aquí pondré, para el fin de cada una copla”.

El estribillo suena así:

“María,  
tu dolor me fatiga  
con pena,  
Átame a tu cadena”<sup>18</sup>.

No es mi propósito insertar aquí las ciento veintidós coplas de que consta este gracioso envío a las agustinas de Orihuela. Solamente indicar que son coplas muy sentidas y graciosas, que comienzan con la “Oración del Huerto”:

“Jesucristo en el Huerto  
repartió flores,  
derramando su sangre  
por pecadores”,

y sigue recorriendo, paso a paso, todo el padecer del Señor, camino del Calvario, su cruelísima pasión, flagelación, coronación de espinas, crucifixión y muerte en la cruz:

“Una cruz muy pesada  
con pena suerte  
sobre sus hombros cargan  
para su muerte.

Abrazóse con ella  
muy amoroso,  
como si fuera cama  
de su reposo”...

Allí estaba María, “la Madre dolorosa”:  
“La Madre que allí estaba,  
con ansia llora

---

18. Dichas coplas vienen incluidas en la biografía de Fray Tomás Pérez, cap. XXXI, f. 111 y ss.

las penas de su Hijo,  
a quien adora”...

Y estaban también los judíos, con su rabia, sarcasmo y furor:  
“Los judíos, con mofa  
y con engaño,  
de Jesús sacan burla  
y hacen escarnio”...

Mas Jesús, todo amor y paciencia, sufre, calla y pide al Padre que los perdone:

“Mas Jesús amoroso  
lo que dispone  
es rogarle a su Padre  
que los perdone”.

Las dos últimas coplas suenan así:

“Del Cordero inocente  
el cuerpo envuelven  
con un sudario nuevo  
que allí previenen.

Al sepulcro lo llevan  
con gran ternura,  
porque todos gocemos  
de su hermosura”.

Uno se imagina a aquel grupo de religiosas agustinas de Orihuela recitando estas coplas, mientras bordaban la casulla que el capellán estrenaría por Navidad, o por la Pascua de Resurrección.

Ella, sor Beatriz Ana Ruiz, nuestra sencilla poetisa, después de encomendarlas, hace una larga reflexión sobre el arrobamiento que tuvo antes de escribirlas, ofreciendo a continuación una atinada doctrina sobre el Purgatorio.

Y termina contando cómo, en otra visión, una de las almas que padecían penas en aquel triste lugar, le refirió su tormento del modo siguiente:

“Me ocasiona tanta pena  
este modo de sentir,  
que no podrás discurrir  
la menor parte que encierra.  
Sólo podrás advertir



que padezco mucha pena,  
pues me sirve de cadena  
que de ella no puedo huir”<sup>19</sup>.

Mas vayamos ahora a lo más importante y fundamental de este estudio: a la admirable doctrina ascética y mística que nos regaló con el libro, que dictó al confidente Miguel Pujalte, y que pasamos a describir y comentar.

## V. LOS ESCRITOS ASCÉTICO-MÍSTICOS DE BEATRIZ ANA

Efectivamente la hija ilustre de Guardamar nos dejó unos escritos de contenido ascético-moral y de alta mística contemplativa, que fueron dictados a mosén Miguel Pujalte, el cual hizo de amanuense por mandato del Mtro. Tomás Bale, agustino del convento de Orihuela, director espiritual de entrambos<sup>20</sup>.

El título completo, tal y como lo encontramos en la obra de Fray Tomás Pérez, es el siguiente: *MÍSTICA SIMBOLICO- PRACTICA, o Doctrinas de la Ven. Madre, SOR BEATRIZ ANA RUIZ, Hermana profesa de la Tercera Orden de nuestro Padre San Agustín*<sup>21</sup>.

Valdría la pena hacer un estudio extenso y en profundidad de esta obra que ocupa, en el libro citado, desde la página 252, hasta la 668; lo que da idea de su volumen y gran contenido. Algo que parece increíble, teniendo en cuenta la sencillez y humildad de nuestro personaje.

Como los fines de este breve trabajo no lo permiten, nos limitaremos a ofrecer a nuestros lectores una síntesis de esta obra de ascética y mística tan interesante, tan original, tan llena de ejemplos y metáforas, que llevan al lector a la reflexión sobre la vida espiritual en general y, luego, más adelante, a los distintos grados de perfección de la vida cristiana, hasta alcanzar las metas más altas de la contemplación, o vía unitiva que llaman los místicos.

19. PÉREZ, Tomás, o. c., cap. XXXI, p. 116-117.

20. Miguel Pujalte, cuyo nombre ha salido ya páginas arriba, era escribano de oficio y secretario de Ayuntamiento de Guardamar. Casado y con numerosa prole, terminó siendo ejemplar sacerdote. Fue ordenado el año 1719, una vez que quedó viudo de su mujer María Aldeguer.

Compañero y confidente de la sierva de Dios, el Señor se sirvió de sus excelentes dotes de amanuense para transcribir las revelaciones y cuanta doctrina le fue dictando y exponiendo nuestra mantelata agustina, bajo la vigilancia y sabia dirección del padre Tomás Bale.

21. PÉREZ, Tomás, *Vida de la Venerable Madre Sor Beatriz Ana Ruiz, Mantelata profesas de la Orden de N.G. P. S. Agustín, y Doctrinas, o Mística Simbólico-Práctica, que le reveló el Señor..., Reflexionadas por el R. P. M. Fray Thomas Pérez*. Imp. de Pascual García, Valencia 1744. Libro segundo, p. 262.

Escrita esta obra “para provecho de las almas, enmienda de los vicios y aumento de las virtudes”, según deseo expreso de la sierva de Dios y como queda dicho arriba, comprende un total de sesenta y cinco revelaciones, todas ellas entrelazadas de símbolos, metáforas, símiles, jeroglíficos, parábolas y enigmas aptos y muy expresivos para atraer las voluntades con dulzura, suavidad y eficacia al amor de Dios, del prójimo y también de las distintas virtudes, así teológicas como morales.

Al final del extenso volumen el mencionado Tomás Pérez deja sin título la última “doctrina” o capítulo, y declara abiertamente que lo hace a conciencia y deliberadamente, “en fe de mi ingenua protestación -dice-, que ni las notas, ni los títulos con que he reflexionado y rubricado los antecedentes tienen las calidades finales. Así levanto la mano, acreditando con el hecho lo dicho: confesando con la obra que los conceptos, formalidades y noticias que dejo en las notas piden otra clase de mano para su último complemento. No porque las presuma vender por más, que fuera perpetrar un enorme delito de usurpador, como dice Plutarco”.

“Con la notoriedad de ser los materiales no míos -sigue diciendo-, sino ajenos, que he procurado establecer y divulgar poniendo en sus lugares las autoridades y cuando menos las citas y nombres de sus autores, he afianzado su aprecio.

Con la aplicación de buscarles, he satisfecho de algún modo las instantísimas (*sic*) persuasiones de un buen celo que me compeleron a pensar en escribir, y las serias expresiones de algunos prelados que me rindieron a empezar”.

Y termina el docto agustino diciendo que todo ello lo ha hecho a fin de que, gracias a su trabajo, se hagan bien visibles “las delicadas facciones y las pasmosas virtudes de la sierva del Señor, la Ven. Madre Sor Beatriz Ana Ruiz; y obra sus místicos símbolos con espíritu y magisterio tan práctico, que podamos entrar a enriquecernos con los preciosos tesoros de devoción, archivados en sus pingües fondos”<sup>22</sup>.

Ha valido la pena esta larga cita, pues ella pone de manifiesto, por un lado, el valor intrínseco de la obra de la Venerable, y por otro, la labor llevada a cabo -tan estupenda y provechosa- por el biógrafo y comentarista, con sus acertadas notas y reflexiones que trae a cada “doctrina”.

Después de un primer capítulo, dedicado exclusivamente a descubrir y justificar los designios de la divina Providencia “en el método traslativo y metafórico de las revelaciones de Beatriz Ana y las conveniencias que por

---

22. *Ibid.*, o. c., lib. II, *Conclusión*, p. 667-68.

ellas y su estilo se nos innovan”<sup>23</sup>, y de un segundo, también “preliminar” en el que se justifica la sobrenaturalidad de las revelaciones de la sierva de Dios, se nos ofrecen las revelaciones propiamente dichas.

A mosen Pujalte no se le olvida insertar la *protesta* con que la venerable empezó a dictar sus visiones: “Sea en nombre de Jesús -declara solemnemente-, y de María Santísima, nuestra Madre y Señora, y para mayor honra y gloria del Señor y aprovechamiento de nuestras almas y para bien de todos los fieles. *Protestando* que sólo quiero lo que sea de su divino agrado, acogéndome a nuestra santa Fe, y a lo que me manda creer nuestra santa madre la Iglesia Católica Romana, en cuya Fe vivo y deseo morir. Amen”<sup>24</sup>.

## VI. CONTENIDO Y COMENTARIO DE LA MÍSTICA SIMBÓLICO-PRÁCTICA DE BEATRIZ ANA RUIZ

Cuando uno entra a fondo en este impresionante caudal de doctrina, no sabe qué admirar más, si el sabroso contenido de la misma, o las sabias y acertadas notas que, al margen de página, va poniendo, Fray Tomás Pérez, autor también de la biografía de la venerable.

En esquema sencillo, ya en la primera doctrina<sup>25</sup>, dibuja “a lo sensible” dos estados internos en común: uno forzoso y otro en particular a nuestras almas, mientras militamos en este mundo.

La sierva de Dios se imagina ver a un soldado fuerte, “armado a punto de batalla, en el espacioso campo de su vida. A su diestra tenía un gallardo y hermoso joven, que era el santo Angel de su Guarda, con espada en mano”. Le rodeaban muchos niños pequeños con ramos en las manos, que eran los vencimientos y obras buenas que había hecho hasta aquella hora: “Y a sus espaldas muchos animales distantes de él: de toros, serpientes, cerdos, víboras, sapos, arañas y otros géneros, según la calidad de sus vicios y pecados que había cometido en el decurso de su vida, lanzados de sí y apartados por la penitencia”<sup>26</sup>.

Fray Tomás Pérez comenta sobre este primer ejemplo y enseñanza de Beatriz Ana que lo que nos quiere dar a entender con ello es que “para que el alma proficiente no se desfigure de fervorosa en fría y de fría en muerta,

23. *ibid.*, o. c., l. c., cap. I, (Preliminar), p. 252.

24. *ibid.*, o. c., l. c., *Protestación* del autor, p. 275.

25. Aquí, *doctrina*, equivale a *capítulo*. En total son sesenta y cinco doctrinas. En nuestro estudio usaremos indistintamente los dos términos, con preferencia el de capítulo.

26. PÉREZ, Tomás, o. c., l. c., cap. I, p. 275.

ha de imaginarse siempre figurada a esta idea. Porque la vida es campo de batalla. Lo que necesita para vencer, es fortaleza de virtud, armas de mortificación, animosidad para pelear, y siempre cautelosa, como quien tiene los enemigos a la vista”.

Trabóse la batalla -enseña nuestra autora religiosa-. En cuanto a las armas del demonio, son las sugerencias con que invade los sentidos externos para, de este modo, abrir brecha y entrarle al alma. A cada sentido hace guerra con especial arte: Esto es, explora su malicia donde más resiste o propende nuestra flaqueza; y se vale del deleite o del disgusto en que cada sentido tiene su displicencia o su agrado. Indaga astutamente la pasión dominante del alma, y allí asesta su batería.

Si halla resistencia, va mudando sitios en los asedios con continuas tentativas a todas las puertas del interior alcázar, por si en algún descuido de la razón, que es su custodio, puede ganar la llave del albedrío: que sin ella jamás tendrá entrada, por cruda y prolongada que sea la pelea”<sup>27</sup>.

El Señor, con estas y otras semejanzas, danos a entender que, mientras vivimos sobre la tierra -enseña Beatriz Ana-, estamos en continua batalla; y para ser vencedores, es necesario dejemos atrás nuestras malas costumbres, vicios y pecados, cortándoles la cabeza con la espada de dos filos de los santos Sacramentos de la Penitencia y Comunión.

Tomando la cruz de la penitencia; negando nuestra voluntad y en todo haciendo la del Señor, llevándole delante y guiados por el hilo de la vida, muerte y pasión de nuestro Maestro, y a su imitación saldremos victoriosos y resplandeceremos como estrellas, recibiendo los resplandores del Sol de Justicia, Cristo nuestro Redentor, en eterna paz”<sup>28</sup>.

Por su parte, en la reflexión que sigue a este primer capítulo, el comentarista declara con palabras de san Agustín que el hombre, mientras milita en este mundo, suele echarse a las espaldas su mejor parte, que es el alma y sus intereses, poniendo toda la mira en la caduca comodidad de su porción exterior. Mas el día de la cuenta, la divina Justicia restablecerá cada cosa a su lugar, poniéndole a cada uno todo su interior a la vista, quitándosele de las espaldas, como nos previno David, en el salmo 50, donde dice:

“Escucha, pueblo mío, yo te hablo,  
Israel, yo alego contra ti,

27. Notas primera y segunda de Fray Tomás Pérez a la doctrina primera. Cf. l. c., cap. I, p. 276.

28. PÉREZ, Tomás, o. c., l. c., p. 277.

te arguyo y te acuso cara a cara,  
yo, Dios, tu Dios”<sup>29</sup>.

¡Qué grato nos sería ir haciendo la síntesis, capítulo por capítulo, con su comentario y reflexión, pues las tres cosas contienen una doctrina formidable de ascética y de vida cristiana, para que el alma pueda progresar por el camino de la perfección!.

La doctrina segunda se refiere a los medios con que hemos de adquirir y conservar la gracia de Dios y excelencia del alma que la consigue.

Nuestra venerable declara que rogaba al Señor para que conservara en su divino amor a todas las criaturas, a fin de que luego pudieran gozarle en la eternidad.

Y fue entonces cuando escuchó “con una suavidad y dulzura inexplicables” la voz del Amado que le dijo:

–Hija, mucho me agradas con tu continuo orar: que para todos eres. Quien da recibe, y quien paga descansa. Y para que logres tu deseo, te daré a conocer el modo de pagarme y el retorno de mi amor con los hijos que me agradan haciendo mi voluntad.

Y cuenta Beatriz Ana que aquella noche vio en sueño al divino Juez sentado en una silla, en juicio particular de un alma, como Tribunal, que le pareció que era el Confesonario. Y cómo estaba un hombre en pie ante su Divina presencia, vestido de tosco paño y todo roto. Iba leyendo el proceso de su vida. Y según iba leyendo, íbanle saliendo de su boca muchos animales de distintas especies. Conocí eran sus culpas. Y al mismo paso se iba despojando de su vestido. Y acabado de leer, le reprendió severamente el Señor. Y el pobrecito todo compungido y humillado, levantó los ojos y dijo:

–Pequé, Señor, habed misericordia de mi.

Y vi que, al decir *pequé*, la lengua con los demás sentidos de aquel hombre, quedaron blancos como la nieve; y su cuerpo desnudo de su tosco vestido. Y levantando la mano el divino Jesús, le dio la bendición...<sup>30</sup>.

Para el comentarista, el vestido “de paño tosco y roto”, es el hombre viejo y sensual, según doctrina del Apóstol. Y en cuanto “a la niña que vio luego la sierva de Dios, muy hermosa, con vestido blanco, es el alma nuevamente justificada, a la que se le pone el anillo, cifra del amor, en el dedo índice, que en la mano sirve para señalar. Porque sus obras todas han de

---

29. Salmo 50(49). Las citas de la sagrada Escritura, en la biografía y escritos de Beatriz Ana Ruiz, vienen siempre en latín. Nosotros las pondremos en castellano y según la Biblia de Jerusalén.

30. PÉREZ, Tomás, o. c., l. c., cap. II, p. 300.

indicar amor, señalando el blanco de la caridad, que es el ósculo que le dio el Señor, en señal de redamarla (sic) <sup>31</sup>.

En la doctrina o capítulo tercero trata del primer fundamento “de nuestra casa espiritual, donde Dios mora desposado con el alma, y en lo que ambos amantes se ejercitan”.

De nuevo nuestra autora mística acude a la visión en que se le aparece el divino Artífice en forma de niño muy hermoso, haciendo una casa. “Tomó cinco piedras -escribe- y las puso por fundamento. Muy al contrario de las casas naturales, pues empezó por arriba. Y una Niña hermosa acarreaaba las demás piedras y materiales. Mas el Niño con la virtud de su aliento las juntaba en la pared con los materiales. Algunas piedras después de puestas en la pared, caían, y la Niña vigilante acudía a recogerlas y ponerlas en su lugar. Concluyóse la obra, y el Niño Dios con la Niña unidos quedaron dentro en la altura de la casa, dejando ventana por arriba, por do salían muchos resplandores” <sup>32</sup>.

Dentro de la misma casa, vio también el ejercicio de aquellos dos amantes. Púsole el Niño Dios nuestro Padre <sup>33</sup> al alma una vestidura blanca, que es el divino y soberano sacramento del Altar, cuando le recibimos. Adornábase aquel vestido con diamantes y piedras preciosas, que son las virtudes que adquirimos. Miróse el alma de pies a cabeza y conociéndose indigna, ofreció su vestido a su divino Esposo. Y este Señor le dio y puso en sus manos una palma, y coronóla con una diadema en premio de sus virtudes y venturoso obrar”.

La reflexión que hace el comentarista es obvia: libre ya el alma de pecado y conseguida la gracia, “resuelve ahora proseguir en su inocencia; y para afianzar su intento, empieza una suntuosa fábrica de espíritu, poniendo los cinco sentidos por fundamento. Quien no empieza por aquí su casa interior, no lleva bien fundamentado el edificio de la virtud, como enseña admirablemente san Agustín<sup>34</sup>.

En la doctrina o capítulo cuarto, inmediato al ejercicio de los dos amantes, Cristo y el alma en gracia, “dentro del palacio de su aliñada racionalidad”, la venerable Beatriz Ana propone el ejercicio del alma perdida con sus amigos los vicios y demonios, dentro de la sucia cueva de su dominante ani-

31. Ibid., l. c., p. 301.

32. Ibid., l. c., cap. III, p. 308.

33. Esta expresión: “Niño Dios nuestro Padre”, se repite muchas veces a lo largo de todo el tratado de la *Mística simbólico-práctica* de sor Beatriz Ana Ruiz.

34. *San Agustín*, In Psalm. 121.

malidad, albergue de las más inmundas bestias, a fin de que la contraposición de tan importantes verdades las haga más perceptibles.

Los símbolos que emplea aquí son de los más selectos con que la sagrada Escritura y santos Padres nos materializan semejantes asuntos y que son fáciles de entender y todos ellos dignos de la más atenta ponderación.

Son los símbolos del pecador “gustoso y bien hallado en sus miserias”. El santo Angel “algo apartado y muy triste”. El alma “atada de pies y manos y muy sucia, fea, flaca y sin fuerzas”. Y “los demonios en forma de Etíopes muy horribles”...

Admirable nuestra venerable guardamarense. Pasando con pena páginas del libro, la vemos, más adelante, como una acabada maestra en el modo con que el alma debe caminar por las tres vías, que ella va señalando con símiles y metáforas clarificadoras, siempre en cuenta la inspiración divina, pues comienza a veces los capítulos con las siguientes palabras: “Díome a conocer el Señor lo cuidadoso que está en las almas que quiere para sí”.

En este sentido, el capítulo sexto es de lo más interesante que encontramos en toda la obra, pues no solamente contiene admirable doctrina espiritual, con ejemplos explicativos, sino que también lo salpica con versos y letrillas muy graciosas.

Por ejemplo, en el símil del soldado fuerte que libra reñida batalla con el enemigo (alma-demonio), saliendo vencedor de la pelea a muerte, oye a Jesús que le dice:

“Por estar la puerta abierta,  
me entro en aquella casa:  
que su corazón me abrasa”.

Y más adelante:  
“Pues venciste la batalla  
de tu vía purgativa,  
te subiré más arriba”...

“Mira el camino que eliges,  
y dónde vas a parar:  
que por mi puerta has de entrar”.

Para rematar con estos dos versos:  
“Si con mi unión perseveras,  
gozarás de mis esferas”.

Fray Tomás Pérez se detiene luego en explicar las mencionadas vías: purgativa, iluminativa y unitiva, con doctrina del doctor Angélico y de otros místicos.

Pero la sierva de Dios sigue adelante, exponiendo en otros tantos capítulos el modo de vencer los peligros del mundo y cómo deben ejercitarse los contemplativos en el cielo por la salvación de las almas.

No puede faltar la metáfora que da entrada a la nueva doctrina: “Halléme en medio de un caudaloso río -dice-, sobre un montoncito de tierra, todo sitiado de agua mala y removida; y a la otra parte del río vi a mi fiel compañero <sup>35</sup>. Díjele al Niño Dios nuestro Padre, que en mí estaba:

–Señor, pasad a esta parte a mi compañero.

Y sacando un hilo de su boca, me le dió y me dijo:

–Tírale el hilo de mi palabra con tu voluntad.

Tiré el hilo y se prendió en su corazón. Y guiado por él, se entró en el río. Y abriéndosele camino y dividiéndose las aguas, pasó donde estábamos. Y se desvaneció el río. Y formándose una torre, puesto el Señor dentro de ella, desde lo alto dijo a mi compañero:

–”Si esperas en mí: torre seré para ti”.

Y como le viera muy animado a seguirle, volvióle a decir:

–”Porque vuelves mejorado,  
abraza mi voluntad,  
tu fineza y lealtad”...

“Si recoges tu interior,  
y lo fijas en la cruz,  
mi libro te dará  
por las letras de mi amor”.

Las últimas palabras de este hermoso capítulo nos llevan al *Cantar de los Cantares*, pues suenan así: “Y entrando en nuestra casa mejorados -escribe la venerable-, seremos abrasados del amor del divino Esposo; y puestos en nuestro retiro al pie de la Cruz, fijando nuestro entendimiento y voluntad en el que murió en ella, quedará escrito en libro interior con letras de oro, para gozarnos con el divino Esposo en la eternidad”.

De verdad, que belleza tal y doctrina tan excelente, uno no la pudiera esperar de esta sierva de Dios, si se atiende a lo que nos dicen en su biografía: “que no sabía leer ni escribir”. Entonces, ¿quién puede dudar del mimo de Dios para con su esposa amada, y de la ciencia infusa con que la regaló?

---

35. Cuando la venerable emplea esta expresión: “Mi fiel compañero”, se está refiriendo a mosen Miguel Pujalte.



Porque, si interesante era el capítulo anterior, no le va en zaga el siguiente, que trata del modo que debe seguir el alma el camino de la perfección, venciendo a sí misma, al tiempo que presenta los impedimentos exteriores con que se oponen sus enemigos.

“Ví al alma del mismo Varón muy pequeñuela, sentada en mis faldas: Y el Niño Dios, que en nosotros estaba, le dio un doblón de oro: y tomándolo con su diestra mano, lo pasó el alma a la siniestra, sin aprovecharse de aquel caudal. Tomóle el Señor de la mano y lo levantó en pie; y midiéndose con el alma a su igual, dióle una vara. Teníala firme en la mano, y le dijo al alma:

“Si llevas derecha la vara,  
y con ella no me das  
al mundo castigarás”<sup>36</sup>.

Reflexionando sobre el tema expuesto, después de ofrecernos una doctrina ascético-mística de una gran calidad, que firmaría, con toda seguridad, nuestra santa Teresa de Jesús, nos pone los siguientes versos, que hacen relación al seguimiento de Jesús llevando la cruz de cada día:

“El que sigue mi camino,  
primero se ha de encargar  
de la cruz que ha de llevar...

Para elegir el camino,  
le dejo con libertad,  
que siga su voluntad...

Medirás con él las aguas:  
Mira no yerres el vado,  
que quedarás anegado”.

Más adelante, previene contra la soberbia con este gracioso poemilla:

“El amor propio abusando  
del vino contemplativo,  
se embriaga tan al vivo,  
que suele bajar rodando.  
El amor propio convierte  
todos místicos efectos  
en singulares afectos,  
y el fin del Señor pervierte”.

---

36. PÉREZ, Tomás, o. c., l. c., cap. VIII, p. 344.

El comentarista, para afianzar esta doctrina, nos ofrece el testimonio de san Juan de la Cruz. “Así como Abrahán -escribe en su *Noche oscura*- hizo gran fiesta cuando quitó la leche a su hijo Isaac, así se gozan en el cielo de que ya saque Dios a esta alma de pañales, de que la baje de sus brazos, de que la haga andar por su pie, de que también, quitándole el pecho de la leche y blando y dulce manjar de niños, le haga comer pan con corteza, y que comience a gustar pan de robustos; que en estas sequedades y tinieblas del sentido se comienza a dar al espíritu vacío y seco de los jugos del sentido”<sup>37</sup>.

Beatriz Ana pasa a describirnos el gran amor con que Dios, con su gracia, supera “los exteriores artificios de nuestra tibieza”. La estructura del capítulo –estamos en el décimo de su libro– siempre es la misma: la visión espiritual –“díjele al Niño Dios”-, la explicación de la visión –“danos a conocer el divino Esposo por esta semejanza el amor grande que tiene a las almas, con los efectos que causa la gracia”-, y la reflexión y notas del comentarista.

La sierva de Dios descende aún más al tema de la tibieza y al modo de vencerla. En lo que habrá que echar mano sobre todo de la vigilancia:

“Querida mía, despierta:  
que tu Dios está a la puerta...

El libro de tu conciencia  
formarás: ve con cuidado,  
no te sea reprobado”.

Y ocurre que, como la voz de la divina inspiración es voz de luz, despierta al espíritu con su estrépito, y con su claridad le hace ver las feas sombras que se le entraron al descuido de su sueño.

En capítulos posteriores, nos advierte del peligro de caer en las garras del enemigo común. La sierva de Dios se imagina ver a dos personas, “que conozco muy bien” -dice-, sentadas en conversación política. “El uno sigue los tratos del mundo, el otro sigue el trato y camino de la virtud. Padecí algunas ansias, y le dije al Señor interiormente:

–¡Que me fatigas, Señor! ¿Por ventura faltan en vos? Tenedles de vuestra mano.

Y el Señor le contestó:

–Hija, entra en tí y mírate al espejo, y verás las ansias que te fatigan. Más son; remítolas a tu amor, para que suplas lo que en mí faltan.

---

37. San Juan de la Cruz, *Noche oscura del alma*, lib. I, cap. 12.

Beatriz Ana dice luego que recogió en su espíritu al Señor, “Espejo sin mancha en que miro”, y vio dentro de ella a aquellos dos hombres en medio de un caudaloso río. El mundano estaba sobre unas aguas sucias y pardas, detenidas y removidas. El espiritual sobre unas aguas cristalinas, claras y corrientes, que las piedrecitas se veían en su llano... Hablaban en larga conversación”.

Acabada ésta, la venerable vio “que el demonio con su vara midió al hombre mundano y excedió su medida. Y pesó las palabras y fueron sin tasa. Y dijo entonces el demonio:

“Pues sin tasa ni medida  
han salido tus palabras,  
es muy justo que en mí ardas”.

Puesta luego a explicar la visión, hablará de la gran distancia que existe entre el pecador y el justo, de la gran diferencia entre el mundano y el virtuoso, y cuánta dicha o desgracia en seguir a Dios o al mundo.

Y remata su comentario: “Pues nos da Dios a conocer esta diferencia, dejemos al mundo y sus engaños. Sigamos el camino verdadero de la perfección. Salgamos de las tinieblas a la claridad. Busquemos a Dios. Que si le hallamos, todo lo tendremos. Si humildes somos, seremos ensalzados. Si obedientes, premiados. Si caritativos, regalados. Si sencillos, ilustrados. Y buscándole con amor, entrará en nuestro corazón, llenando sus vacíos. Limpiará nuestro interior. Quedará en unión de nuestra alma, llenándola de sus dones, abrasada de su divino amor. Nos conservará en su gracia, para después gozarle en su gloria”<sup>38</sup>.

La venerable sigue adelante en su enseñanza ascética y moral, advirtiendo que hemos de cuidar mucho la astucia del maligno. Porque,

“Si con él te abrazas,  
con el demonio te casas”.

Por lo que “vivamos con cuidado -dice-; no seamos como este infeliz y desgraciado hombre (el de la visión) que Dios me ha manifestado. Aborrecamos la culpa. Apartemos el pecado, que tanto daño acarrea al entendimiento humano, muerte del alma, azote del cuerpo, castigo de ambos, que oscuro deja al hombre y mal acompañado”.

Otro de los capítulos más bellos y enjundiosos de toda la obra trata “del valimiento de los justos con Dios”, y cómo este Señor les premia.

---

38. PÉREZ, Tomás, l. c., cap. X, p. 382.

Nuestra venerable ha sido testigo de una gran tormenta “de truenos, relámpagos, agua y mezcla de granizo”, que obligó a mucha gente a cobijarse en la iglesia.

Ella en su casa, sin poder salir, recogió su espíritu al divino Esposo, rogándole cesara aquel rigor.

Luego, quedando como dormida, tuvo una visión. Al final, se le manifestó junto a otra alma justa y les dijo:

–Queridas mías, ¿qué queréis?

Ellas respondieron:

–Que templeis vuestro enojo.

Y el Señor de nuevo:

–No quiero acabar con el mundo. Mas quiero apremiar a mis hijos, que me tienen ofendido; y gustando de mis rigores, cesen sus ofensas y me vuelvan el rostro.

Las dos siervas de Dios respondieron a una:

–Descargad en nosotras todo el rigor y cese en vuestros hijos el apremio. Entonces, dejando el acero en sus manos, les dijo en verso:

–”Cándidas palomas mías,  
en quien templo mis enojos,  
cesado han mi rigor  
lágrimas de vuestros ojos”.

Y a renglón seguido, les advirtió:

“Trabajad vuestras escalas,  
para que subais por ellas  
al cielo de mis estrellas”.

Antes de dejar la entrevista, cerrando el libro con la llave que llevaba el propio Señor, lo levantó hasta ellas, y dijo:

“Si en el libro de tu vida  
escribes con pluma fiel,  
tú me pagarás con él  
el día de tu partida”.

Ganada la batalla y libre ya la voluntad, puede ésta escuchar de su Señor:

“Los que vencen las campañas  
de su carnal enemigo,  
unidos quedan conmigo,  
reliquias de mis entrañas.

Nosotros seguimos, admirados y aun entusiasmados, con la lectura del libro de Beatriz Ana Ruiz, saboreando tan alta doctrina, totalmente ortodoxa, y dejando constancia de que se trata de una obra completa de ascética y mística, que trata de cuanto puede ocurrir al alma, camino de la perfección, por medio de las tres vías clásicas y que ya conocemos.

Hacia la mitad del libro, su autora ofrece normas prácticas -pura ascética, para restaurar el estado perdido por nuestro descuido y tibieza, “mediante los socorros de la gracia, que se nos facilitará por la fraternal caridad”.

Se adentra en la vía purgativa, y expone algunos medios con que la gracia conduce a las almas a la perfección, llevándolas a ciertos grados de purgación pasiva.

No faltan los versos que el Niño Dios expone:

“Memorias de mi pasión  
son las de aqueste manjar,  
que en la mesa del Altar  
se dan por contemplación”.

La venerable contempla el manjar y al Señor, que se acercó al hombre, y le dice:

“Con lágrimas de dolor  
has de mirar mi vestido,  
y quedarás convertido  
a mi dulce y tierno amor”.

El varón, ante aquellas palabras del Maestro, prorrumpie en lágrimas, “como dos fuentes que se desatan en cristalinas corrientes”. El Niño Dios entonces, mientras las va recogiendo con una esponja, le dice de nuevo:

“Lágrimas de dolor,  
vertidas por el pecado,  
en mi pecho regalado  
conservaré con amor”.

Al final, todo convertido y ya todo de Dios, el varón exclama:

“Padre, acuérdate de mi:  
usa de benignidad,

con tu amor y caridad,  
para que muera por ti”<sup>39</sup>.

La venerable se adentra, igualmente, en el capítulo profundo de las “purgaciones activas”, con que el alma se prepara para el grado más perfecto de las pasivas.

Descubre los sucesos interiores de la misma en sus estados de prosperidad y también los penosos caminos que debe recorrer.

Avanzando en la lectura de las *Revelaciones doctrinales* de Sor Beatriz Ana Ruiz, o de su *Mística simbólico-práctica*, vemos con qué claridad señala uno de los métodos mejores con que la gracia conduce al alma, métodos que aprovechan sobremanera y la llevan a la unión con la humanidad y divinidad de Cristo.

Aquí el comentarista ha tenido que echar mano forzosamente de su saber teológico, para explicar tema tan profundo; sobre todo, valiéndose precisamente de la doctrina del llamado con toda justicia “doctor de la gracia”, que es san Agustín, y también del “melíflu” doctor san Bernardo.

Un solo texto confirma lo enunciado: “Si alguno juzgare sobrado encarecido este término *unidad* -escribe el comentarista- de que usa la Venerable entre alma y Dios; y aun incoherente con los que se siguen: *a su misma semejanza*, porque desdicen *unidad* y *semejanza*, que lea a san Bernardo en el lugar que se cita y le verá anterior artífice de dicha frase <sup>40</sup>.

En un nuevo capítulo demuestra la ineficacia de los tres enemigos del alma, cuando ésta se aplica, según su deber, a los ejercicios de virtud y sólida mortificación.

La venerable emplea alegorías muy graciosas que le dicta -dice ella- el Niño Dios nuestro Padre. Fray Tomás Pérez señala que dichas alegorías son de una bellísima amenidad al ánimo y de suma utilidad al espíritu. Explicadas por Beatriz Ana con tan clara luz, que nos deja poco que notar, pero mucho que discurrir... Los medios que para nuestra ruina preparan mundo y demonio son tormentos verdaderos y gustos vanos. Palos sólidos que descarga el mundo: vacías honras y delicias que imagina el diablo... La carne no ofrece más delicias que agua sucia de cesta clara. Por eso el más dado a su partido vive más sediento y enlodado....

De este modo va reflexionando nuestro sabio agustino sobre las distintas visiones y ejemplos que va ofreciendo la venerable y esclarecida hija de Guardamar.

39. Ibid., l. c., cap. XVII, p. 418-422.

40. Bernardo, *De vita solit. ad fratres de Monte Dei*.

Más adelante, sale al paso “de la enfermedad de la tibieza” y el modo de combatirla entre las personas espirituales.

El capítulo XXV es de sumo interés, pues se refiere a la propia vida de la sierva de Dios, y cómo la llevó -fiel siempre a la gracia-, por los caminos de la más alta contemplación. “Púseme a amasar en mi artesa, formada de la tierra -escribe-; heñí y formé toda la masa de rollos. Y sin saber quién, ni adónde, se los llevaron. Bajé de mi cuarto a la tierra; y ví muchas artesas: unas con solo el agua; otras con la harina, y otras con masa y sin formar el pan; sin saber de quiénes eran, porque solas las dejaron. Vino a mi una curiosa mujer y diligente se puso a atar aquellas masas y formar el pan. Díjele:

—Lástima me da el que se hayan dejado sus dueños estas masas sin atar ni perfeccionar el pan. No es razón que así queden y se pierdan.

Me puse entonces a ayudarle; y entre las dos perseveramos en formar y sazónar el pan de aquellas artesas. Y después de rematados y hechos los rollos, se los llevaron y burladas nos dejaron.

Y el Niño Dios nuestro Padre, que estaba en mí, se gozó de mi fatiga, y me dijo:

—Súbete, hija, conmigo y verás dónde se come el pan que has amasado. Y en el camino no vuelvas el rostro atrás, ni abajo mires; ni te fatigues, que yo te guío. Sigue y ven conmigo.

Seguí al Señor sin reparo, y me entró en un camino muy estrecho, alto y derecho, con sus gradas, como escala. Y como íbamos subiendo, aquel camino se estrechaba: Que me ví muy fatigada; pero nunca lo dejé, ni volví el rostro. Tampoco abajo miré, como el Señor me previno...”<sup>41</sup>

La visión sigue adelante, describiendo una gran sala, donde se encontraba todo aquel pan amasado, a la que acudían muchos niños, y el Señor les servía a la mesa... “Y acabado el combite, todos aquellos niños dieron gracias al Señor y se fueron con mucha compostura y consolados”.

Es admirable ver en Beatriz Ana el modo cómo discurre sobre la redención del primer pecado y de los medios que se nos dieron en la ley de la gracia para satisfacer nuestras repetidas culpas.

El símil que emplea ahora es el del huerto con frutos de toda especie y una hermosa higuera de la que el Señor le invitó a comer. Tomás Pérez dice que esta visión es “elegante cifra de la prevaricación y reparación de nuestra humana naturaleza, y fiel epílogo de lo mucho que los sagrados intérpretes dijeron de precipicio tan infausto y felices resultas que ocasionó”.

---

41. PÉREZ, Tomás, o. c., l. c., cap. XXV, p. 483.

Capítulos hay que contienen experiencias personales de la propia sierva de Dios. Como el caso que cuenta de que, encontrándose en la ciudad de Orihuela el día de Pascua, entró en la catedral, donde pudo ver las demostraciones de júbilo y alegría que hicieron en honra y gloria de Cristo. Y cómo, “al oír los acordes instrumentos y cánticos en alabanza de mi dulce Dueño, se elevó mi espíritu -declara literalmente- a la contemplación de su gloria. Quedé en suspensión y dentro de mi pequeñez vi al Niño Dios nuestro Padre que me dijo”:

-Palomita mía, hermosa, y mi querida esposa, te mostraré el templo mío.

“Y vi al hombre, que sigo en mis doctrinas, y dentro de él un suntuoso templo de círculo redondo, ricamente adornado, y en su altura un majestuoso trono; y el Niño Dios nuestro Padre, como Pontífice Sumo, sentado en silla muy de reposo”... <sup>42</sup>.

Para el comentarista, en esta visión -que continúa por extenso y detallada en presentación de personajes-, tenemos a la venerable sor Beatriz Ana “transfigurada en el Tabor de su gloria en cuanto al espíritu; mas cuanto al cuerpo, aún quedaba desfigurada en el Calvario de sus oprobios, escarnios, y cruz de su perenne humillación”.

Con la visión de un pecador obstinado, un varón que sigue la perfección y un alma del purgatorio, junto con la noticia que tuvo por ciencia infusa de la gloria que gozaba el Bautista, nuestra autora mística expone admirablemente los cuatro estados del alma: en pecado, en gracia, en pena y en gloria.

Con ello nos quiere dar a entender y explicar los misterios del hilo sutil y delicado con que el poder soberano se hace dulce árbitro de nuestro albedrío, y cómo la amorosa destreza de la gracia le reforma con eficacia y sin violencia.

Fray Tomás Pérez, a esto le llama “graciosa y alta doctrina”.

Cuando trate del gobierno de la divina Providencia y del “desgobierno” (sic) del pecado, así original, como personal, nos resumirá su enseñanza con la siguiente cuarteta:

“Alerta en el bien vivir;  
cuidado en el trabajar:  
quien de Dios ha de gozar,  
no puede echarse a dormir”.

Y más adelante, como continuación del mismo tema:

“Cuidado en el caminar;  
alerta en el bien vivir:

---

42. Ibid., l. c., cap. XXVIII, p. 494.



piensa que te has de morir;  
y a Dios la cuenta has de dar”.

Al sabio teólogo agustino, que reflexiona sobre esta enseñanza, le sorprende un poco el que Beatriz Ana use de verso tan explicativo y a la vez gracioso para enseñar doctrina “tan alta y tan noble”.

Por eso, va a dejar escrito al final de una de sus reflexiones lo siguiente: “Quien gustare de verso, puede dividir y arreglarse el metro. Que por lo frecuente, le hallará de excelente y muy gracioso artificio. No por elección de la sierva de Dios; pues, como vimos en la historia (en su biografía), su profesión fue toda rústica y sin nada de cultura su natural; sí por inspiración de su amado Niño Dios, según ella misma se descarta en la visión cuarenta y una”<sup>43</sup>.

Hacia el final del libro, nuestra venerable abordará el difícil tema del “libre albedrío”, su uso y abuso, que puede convertir la sombra en luz y la luz en sombra.

“Visión sublime”, la llama el comentarista, pero que “obliga a camppear sus metáforas”. Como lo hace acudiendo a la doctrina de san Juan de la Cruz, el cual, en su *Llama de amor viva*, enseña que “sus lámparas son lámparas de fuego y de llamas”<sup>44</sup>, para descifrar en bello estilo la refulgente reverberación que hace el Sol de la divinidad en las almas perfectas; y la tenebrosidad funesta, ocasionada de la culpa en las almas viciosas.

Acudiendo a la metáfora del caudaloso río, demuestra cómo el curso de nuestro vivir, bueno o malo, es como el de los ríos que van al mar y la diferencia de cada río en su término:

“En sueño me hallé sitiada de dos caudalosos ríos -escribe-, que al mar llegaban sus corrientes. Y yo a su orilla con el Niño Dios nuestro Padre, que me animaba. Tal diferencia vi en ellos, que me causó admiración, y con razón: que el uno crecía, al paso que el otro menguaba. Y el crecido traía el agua mala y removida; y el otro clara y cristalina, con tal riqueza en su hondable”<sup>45</sup>, que a Dios era muy amable. En el otro, arena, piedras, broza y suciedad; con tal rigor, que me causaba temor. Y ambos a dos derramaban en el mar; pero sus ondas el agua mala la arrojaba a sus orillas, y en su ribera depositaba muerta arena, que el viento se la llevaba. Mas el agua cristalina

43. Ibid., l. c., cap. XXXIV, p. 517.

44. Cf. San Juan de la Cruz, *Llama de amor viva*, canc. 3<sup>a</sup>, vers. 2.

45. “Hondable”, palabra anticuada, que equivale a hondo, profundo. Dícese del sitio del mar donde la nave puede fondear.

del otro río, a alta mar llegaban sus corrientes, y la riqueza que traía, todo en el mar se quedaba”<sup>46</sup>.

Despierta y muy consolada, gustosa con tan saludable doctrina, y tan santos documentos, Beatriz Ana termina el capítulo diciendo que, si las conservamos en el alma, “nuestras corrientes llegarán al mar de la divina gracia con limpieza y claridad. Y tendrán nuestras aguas su acogida, para darnos nueva vida”.

El consejo final es admirable: “No busquemos nuestra desgracia: que en nosotros está, si la queremos. Que la visión nos previene lo que debemos hacer: que es no beber del agua mala. La que tenemos de beber es de la clara. Salga, salga de nosotros el río de limpieza y claridad; y retiremos cuidadosos el río de suciedad de los pecados, la turbación de los tratos, el removimiento de los vicios y el acrecentamiento de las fermentadas palabras. Atendamos a esta doctrina y guiemos su curso. Bebamos de su corriente cristalina, para que Dios nuestro Señor nos asista con su divina gracia, mereciéndole gozar en la gloria”.

Al comentarista solamente le resta añadir, después de tan saludables consejos, que la parábola de esta visión nos presenta, “a nuestro modo humano”, con mucha alteza, propiedad y expresión, las ocultas corrientes vitales de nuestros libres actos: o entre el cieno de las pasiones que les empañan, o entre la fragante hermosura de la virtud que les clarifican.

En cuanto a las metáforas que emplea, vuelve a sugerir que están presentes en las sagradas Escrituras y que son acertadísimas. Porque “así son las aguas del mundo: unas vuelven los ánimos cándidos, otras oscuros; y su mezcla hace una varia pintura de costumbres, que si no se purgan, es constante experiencia que en breve se amortigua la candidez y lo negro se extiende por todo el campo del espíritu”.

Por lo que no deben fiarse los que, falsamente satisfechos, juzgan haber encontrado arte de encadenar la piedad con la vanidad; porque el vicio y todo lo viciado de este mundo, como se halla en su natural territorio, a poco combate, rechaza lo que no friza<sup>47</sup> con su genio.

De modo asequible para el menos docto en materia de ascética y mística, la sierva de Dios describe el singular modo con que vive el alma contemplativa “en su casa interior”, ejercitando sus potencias, hábitos, y de modo especial la virtud de la fe, en la ocupación santa de la contemplación tanto gratuita, como adquirida.

---

46. PÉREZ, Tomás, o. c., l. c., cap. XXXIX, p. 535.

47. Aquí la palabra *friza* equivale a *frisa*, del verbo frisar, que significa congeniar, acercarse.

Tan profundo y alto le parece a Fray Tomás Pérez el asunto “de esta portentosa visión, que es digno de empleo de toda la luz de una inteligencia querúbica, y de todo el ardor de una pluma seráfica”.

Es más, cuando Beatriz Ana le pide humildemente al Señor que le descifre “la alta y misteriosa visión”, Jesús le responde:

–Hija, tu sencillez y limpieza roba todo mi querer. Yo te lo daré a entender, por que vivas con llaneza y que puedas conservar lo que goza tu interior, y en él me puedas amar.

Se trataba, pues, de un verdadero arrobo místico, en el que la venerable dice literalmente: “Alcé los ojos a Dios y le llamé, porque sola no me hallaba. Y viendo que no venía, me acerqué a la puerta de la fe. La hallé abierta y en ella quedé plantada; y con tal admiración de su grandeza, que suspendí mi atención al ver su mucha riqueza y perfección”.

Pasado un cierto tiempo, escuchó de nuevo la voz del Amado que le decía tierna y amorosamente:

–Tú te engañas; que yo no me puedo apartar cuando con tu fe me llamas, porque de ella estoy asido; y aunque el hombre no me ve, en mí queda convertido, y en él entro por la puerta de la fe... Y en el que la tiene abierta, entro y salgo por su puerta; y llega a tal perfección, que con razón te podrás maravillar <sup>48</sup>.

En el sabroso capítulo que trata del modo cómo edificar “el alto ser de la virtud” sobre las ruinas del hombre viejo, vuelve a las comparaciones sencillas y a los versos fáciles de entender.

Preguntando ella al Señor cómo, habiéndonos dado el ser, tiene la obligación de darnos igualmente la enseñanza de cómo caminar hacia El, le contesta con gracia:

“Ese cómo has de cazar:  
En el modo has de entender:  
En lo bueno has de saber:  
Y en lo malo has de olvidar”.

Y más adelante:

“Todos debemos leer  
estas letras con cuidado:  
que, aunque parece son muertas,  
quien las llega a obedecer,  
resucita del pecado”.

---

48. PÉREZ, Tomás, o. c., l. c., cap. XLII, p. 559.

Porque, a decir verdad -concluye la venerable-:

“La voluntad es quien come:  
Y quien da el entendimiento:  
La memoria es quien reparte:  
y Yo quien obro el portento”.

Para liberarse de las distracciones y aun sacar provecho de las misma sequedad de espíritu, nuestra escritora mística, después de ofrecer una clara doctrina sobre esta materia, termina el capítulo del modo siguiente:

“Las horas, breves espacios,  
forman el día; y partidas  
en cuartos, puntos, minutos,  
se apresuran fugitivas.

No pierdes, pues, el más leve  
del tiempo instante, aprisa:  
que el acabarse la hora,  
es acabarse la vida”.

A continuación, da una reglas prácticas para burlar a los enemigos, explicando algunos puntos utilísimos del espíritu, con sublimidad de magisterio.

Dando fin a nuestro trabajo -que nadie piense hemos agotado la materia-, nos quedamos con las ganas de reseñar siquiera someramente cómo la venerable nos hace ver las tres potencias del alma por medio de una bella metáfora: la de tres jornaleros, los cuales, llevados por el estipendio convenido con el señor, van a cultivar y limpiar “la tierra del cuerpo y de qué modo han de perfeccionar su labor”.

Señala la clarividencia que tiene del ahogo y daño inmenso que hacen las pasiones, aun en las almas de más relevante mérito.

De qué manera el alma debe gustar del retiro y gobierno interior de las potencias.

La metáfora de la viña que hay que cavar, podar y hacer otros cultivos apropiados, que nos sirve de ejemplo para caminar por la perfección a la que somos llamados.

El elogio que tributa a la dignidad sacerdotal, y del mal ejemplo que dan los sacerdotes aseglarados.

Las dulzuras y finezas de los desposorios del alma con Jesús. Un capítulo éste de alta contemplación mística, y que a Fray Tomás Pérez no le queda más remedio que acudir -para su reflexión- a los escritos de santa Teresa de

Jesús, tratando de encontrar otros iguales a los de nuestra mística guardamamense.

Hija fiel de la Iglesia, confiada siempre en la divina Providencia, en el penúltimo capítulo de su libro nos dirá: “Todo se alcanza por la fe y todo se logra. Que con ella pasará el mar y trastornará los montes. Pasará el pecador con la fe del estado de la culpa, que es trastornar los montes, al estado de la gracia, que es el mar dilatado y sin fin de la divina misericordia”.

A lo que el comentarista añadirá: “El armonioso orden de las cosas y de las causas establecido por la omnipotente y sabia Providencia, es bellísimamente admirable en la ejecución, en la economía, en la decencia, en la dependencia, en el engaste, en los agentes, en las propiedades y situación de las jerarquías, como considera frecuentemente san Agustín en el libro de *La Ciudad de Dios*”.

Y remata volviendo al texto de Beatriz Ana: “Quedemos, pues, instruidos de que los apremios divinos, según la sierva del Señor, son un arte favorable con que la sabia Providencia nos prepara el remedio con lo que tiene semblante de rigor, como dice también san Gerónimo”<sup>49</sup>.

Cerremos nuestro estudio, dejando un buen sabor de boca con estas cuatro décimas muy graciosas, sencillas, como toda su poesía, en rica contraposición y bella metáfora, con juego de palabras, y no faltas de buena inspiración:

“¡Oh rueda de la fortuna,  
que jamás has de parar!  
Siempre rodando has de estar  
a la mejor, o ninguna.  
Si la mejor es subir,  
y ninguna es el bajar,  
¿qué ruedas para vivir?  
¡Quién viviera en tu morir,  
para poderte alcanzar!

Si muero, la vida espero;  
mas, si vivo, he de rodar:  
si en el morir te he de hallar,  
¿qué será mi paradero?

Si la mejor es buscar  
una eterna salvación;

---

49. *Ibid.*, l. c., cap. LXIII, p. 663.

válganos, pues, la razón,  
 que con ella hemos de obrar;  
 no rodemos por la tierra,  
 que nos tira y hace guerra,  
 y nos podemos privar  
 de la fortuna mejor,  
 que es de servir al Señor,  
 para podernos salvar.

Por su hilo has de subir  
 a la esfera superior,  
 que es la fortuna mayor:  
 y me atreveré a decir,  
 que, si bajas por la soga,  
 con ella el mundo te ahoga,  
 y por fuerza has de morir;  
 y si mueres, no hay fortuna,  
 es tu muerte, o tu vivir”<sup>50</sup>.

Y con esto, hago mías las palabras con que termina su última reflexión el sabio comentarista, el agustino de Orihuela, Fray Tomás Pérez, al que le debemos no sólo la biografía de la venerable Beatriz Ana Ruiz, sino también sus escritos, de modo especial su rico y extenso libro *MÍSTICA SIMBÓLICO-PRÁCTICA*.

Lo mismo que “con la ejecución de trasladar a la prensa” las revelaciones y doctrinas de la hija ilustre de Guardamar, daba una obligada ocasión a la elocuencia, al ingenio, a la erudición y a la piedad, a que aprestasen sus diestras plumas, “para enmendar mis borrones -escribe literalmente- y preparen su industria de lince con que suplan mis cortos alcances”, así yo también deseo aportar mi granito de arena a desarrollar su excelente doctrina ascético-mística, dándola a conocer y, de algún modo saborear, con el fin de que otros -los encargados de llevar adelante la causa de su beatificación- se animen con su lectura y ahonden y profundicen más en ella; lo que será bueno y de utilidad a la hora de dictar juicio y sentencia los encargados y entendidos en estas materias.

---

50. *Ibid.*, l. c., cap. LXXX, p. 628.